

EL RITUAL DE LOS FUNERALES DEL VATICANO II¹

APUESTA –VALORES – DESAFÍOS

André Haquin²

La muerte: ¿“ruptura” o “continuidad”?

La muerte es espontáneamente vivida como una ruptura de nuestras relaciones, una “interrupción” que golpea a los espíritus. Los ancianos definían la vida por medio del movimiento: “*Vita in motu*”. El signo de la muerte, ¿no es acaso la inmovilidad y el fin de toda comunicación sensible? La presencia deja lugar a la ausencia, de aquí la idea a menudo expandida de un anonadamiento total. Este cambio irreversible crea a la vez angustia y dolor en los supervivientes, sobre todo cuando ellos sienten afecto por la persona que les ha sido quitada o cuando son presa del remordimiento y de la culpabilidad. Las lágrimas y el abatimiento expresan esta situación dolorosa que a veces desorganiza la vida de toda una familia. De ahí los ritos y las prácticas del duelo, que en todas las sociedades se esfuerzan por apaciguar la angustia. Las palabras y los gestos rituales intentan volver más humana la situación, darle un sentido, desdramatizarla, al mismo tiempo que subrayan la dignidad del difunto y de la condición humana que los supervivientes deben honrar.

En Occidente, durante muchos siglos, la vida y la muerte han marchado codo a codo de manera apacible, como si la vida del hombre estuviera hecha de

1 Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina.

2 Sacerdote de la Diócesis de Namur (Bélgica) desde 1962. Doctorado en Teología en la Facultad de Teología de Lovaina (1966). Estudió Liturgia en el Instituto Superior de Liturgia de París. Enseñó Liturgia y Teología de los Sacramentos en el Gran Seminario de Namur (1968-1988) y luego en la Facultad de Teología de Lovaina la Nueva (1988-2008). Ya retirado, trabaja para varias revistas y presta ayuda pastoral a las parroquias y a las peregrinaciones diocesanas.

estos dos componentes esenciales y complementarios. Sobre todo en el universo cristiano, el “*Memento mori*”³ daba un lugar a la muerte a todo lo largo de la existencia terrestre. El cristiano se preparaba para morir y la muerte súbita era particularmente temible, como el canto de las letanías lo hacía comprender: “De la muerte súbita, ¡líbranos Señor!”. Finalmente, la muerte tenía una dimensión social: la persona moría rodeada de los suyos y los allegados recogían los consejos o inclusive el testamento espiritual de quien estaba “en situación de partida”. Esto es lo que recuerda la fábula de La Fontaine, “El labrador y sus hijos”. En el mundo, muchas sociedades pre-técnicas viven todavía la muerte de esta manera, como en las zonas rurales de África donde los vivos y los muertos no dejan de estar codo a codo; éstos últimos son enterrados en la propiedad familiar.

Sellado por la civilización técnica y científica, Occidente conoce una situación muy distinta desde hace unos cincuenta años, especialmente en los medios urbanos. Las personas de edad viven a menudo sus últimos años en casas de retiro y muchas de ellas mueren en hospitales, a veces en una gran soledad. La muerte es percibida como un fenómeno biológico y como un fracaso de la medicina. De aquí, los fenómenos de rechazo. Hay que evitar a los niños el espectáculo del difunto en su lecho de muerte; eso podría causarles terror. Algunas veces, interviene la elección de la cremación cuando la enfermedad y la muerte fueron particularmente períodos de mucha prueba, tanto para la familia como para el enfermo. Como si fuera necesario borrar de la memoria estos “malos recuerdos”. Por largo tiempo “domesticada”, la muerte, hoy rechazada, corre el riesgo de ser vivida como algo que ha vuelto a ser “salvaje”⁴.

La muerte no puede ser abordada de una manera simplista o puramente apologética; la pastoral de la Iglesia debe tenerla en cuenta. Desde siempre, la muerte es uno de los mayores enigmas de la existencia. Por lo tanto, ninguno de los recursos humanos debe ser dejado de lado: los de la sociología y de la antropología, los de las filosofías; los, en resumen, de las religiones que

3 *Recuerda que has de morir*. N.d.T.

4 Cf. Ph. ARIES, *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du moyen âge à nos jours*, Paris, Seuil, 1973, y *L'homme devant la mort*, Paris, Seuil, 1977. Del mismo autor, “La mort inversée. Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales”, en *La Maison-Dieu* 101, 1970/1, pp. 57-89.

[El A. juega con la oposición: “domesticada” y “asalvajada” (“*ensauvagée*”): éste es un neologismo no permitido en castellano. N.d.T.].

proporcionan esperanza y consuelo⁵. Mi propósito se limitará al estudio del Ritual cristiano de los funerales. La liturgia del Vaticano II es al mismo tiempo una oportunidad para la pastoral de la Iglesia y un desafío frente a las mentalidades y a las “evidencias” actuales⁶.

La muerte, “¡como una Pascua!”⁷

Los funerales del rito romano en la temprana Edad Media eran vívidos de manera apacible, como lo da a entender el *Ordo Romanus* 49 (siglos VII-VIII)⁸. En lugar de las lamentaciones de las lloronas, la Iglesia privilegió el canto de los salmos y de los himnos cristianos. Salmos acompañados por sus antífonas propias eran cantados sobre todo en el Oficio fúnebre en la iglesia, así como en las procesiones. Particularmente el salmo 113, *In exitu Israël*⁹. El difunto está ahora en camino hacia la Tierra Prometida, en el final de su exilio terrestre. El salmo 117, *¡Den gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia!*, característico de la liturgia pascual, tenía allí igualmente su lugar: ¿acaso la

5 Ver el artículo “Mort” en *Encyclopaedia Universalis*, t. 11, 1968, pp. 350-367, así como en *Catholicisme*, t. 9, 1982, c. 765-767 (“Les interprétations aujourd’hui”) y el art. “Funérailles” en *Dictionnaire Encyclopédique de la Liturgie*, t. 1, 1992, pp. 500-502 (“La mort aujourd’hui”).

6 Sobre los cambios culturales de la actualidad en relación sobre todo con la secularización, ver R. GAGNE, “Célébrer les funérailles à Montréal. Récits de quelques expériences”, en *La Maison-Dieu* 257, 2009/1, *Les funérailles entre tradition et modernité*, pp. 79-98; G. BAILLARGEON, “Mutation du contexte des funérailles dans les diocèses du Canada et questions pour le programme rituel”, en *La Maison-Dieu* 259, 2009/3, pp. 185-195. Las mismas situaciones se presentan en Amsterdam: cf. J. M. HONDERT, “Les rites des funérailles et la transformation de la religiosité. Rite et musique dans une situation complexe”, en *La Maison-Dieu* 257, 2009/1, pp. 51-78. Ver también en el plano sociológico: J. MORLET, “L’Église dans le champ social des funérailles”, en *La Maison-Dieu* 213, 1998/1, *Les funérailles*, pp. 7-31.

7 Ver J. NTEDIKA, *L’évocation de l’au-delà dans la prière pour les morts. (Étude de patristique et de la liturgie latines, IV^e-VIII^e siècles)*, Louvain-Paris, Nauwelaerts, 1971; E. REBILLARD, *In hora mortis: évolution de la pastorale chrétienne de la mort aux IV^e et V^e siècles dans l’Occident latin*, Rome, École française de Rome, 1994; D. SICARD, *La liturgie de la mort dans l’Église latine des origines à la réforme carolingienne*, Münster, Aschendorff, LQF 63, 1978. Ver también diversos artículos en *En face de la mort*, *La Maison-Dieu* 144, 1980/4.

8 Cf. M. ANDRIEU, *Les Ordines Romani du haut Moyen Âge*, t. 4, Louvain, pp. 523-530; Cécile TREFFORT, *L’Église carolingienne et la mort: christianisme, rites funéraires et pratiques commémoratives*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1996. H.-R. PHILIPPEAU, *Textes et rubriques des agenda mortuorum*, en *A.L.W.* IV/1, Münster, Aschendorff, 1955, pp. 52-72.

9 *Cuando Israel salió de Egipto*. N.d.T.

muerte del cristiano no es una participación en la resurrección de Cristo? Así como el salmo 41, *Como busca la cierva sedienta corrientes de agua...* expresa el deseo de ver a Dios, corazón de la esperanza cristiana. Otros salmos, como el *Miserere* (Sal 50) y el *De profundis* (Sal 129), piden el perdón de los pecados al mismo tiempo que se inscriben en la perspectiva de la esperanza de la salvación.

Estos salmos cantados en presencia del difunto estaban marcados por la alegría del Reino y del Paraíso prometido. La Iglesia los cantaba “*in persona defuncti*”, es decir, en lugar de y en nombre del difunto. ¡Era la maravilla de la comunión de los santos! Los fieles de alguna manera prestaban su voz al difunto; así, los salmos se convertían en su propia oración. En la conciencia colectiva de los fieles, la Parusía del Señor, prevalecía sobre el Juicio Final. La esperanza era el acento mayor de los funerales. La muerte era considerada como una especie de “sueño” o de “descanso”, manera de confesar que la vida seguía más allá de la existencia terrestre. El dualismo cuerpo-alma no reinaba como dueño y señor, como ocurre más tarde; el cuerpo tenía su lugar en la esperanza cristiana. La muerte era vivida como un paso –la Pascua del cristiano– en comunión con su Señor y en su seguimiento.

La muerte, “¡un largo y peligroso viaje!”

La segunda Edad Media estará dominada por el miedo al Juicio particular y por el temor al Dios-Juez. Los cantos “*Libera me, Domine, de morte aeterna*” y sobre todo el largo poema del “*Dies irae*” (siglo XIII) son la expresión de los mismos. La liturgia del Vaticano II renunciará a estos dos cantos. Desde el siglo XIII el cuerpo del difunto, disimulado en el cortejo, se vuelve invisible. Esta ocultación contrasta con las prácticas familiares y la serenidad de la época precedente. La angustia de la muerte está quizás también relacionada con la evangelización de las nuevas clases sociales. La angustia oprime a la comunidad cuando la muerte golpea a uno de los suyos. La obsesión del pecado se apodera del que ve llegar el momento del juicio final.

La hermosa unidad del “*homo totus*” en la que el cuerpo es habitado por el alma, de ahora en más deja el lugar a una antropología dualista donde el alma parece ser la única digna de interés. En los siglos XIV y XV, también se vuelve menos clara la unidad de la vida y de la muerte, del hombre a la vez corporal y espiritual, a quien Dios ha prometido un hermoso porvenir; por eso entonces, la

dramatización de la existencia y más aún de su término, la muerte. Las misas por los difuntos se multiplican, llamadas a veces “misas por las almas del purgatorio”. Hasta el concilio Vaticano II, con motivo de la Conmemoración de los fieles difuntos (2 de noviembre), los fieles eran invitados a rezar en la iglesia para obtener indulgencias destinadas a aliviar a sus difuntos, a abreviar sus tiempos de purgatorio.

Infelizmente, la reforma del ritual de funerales del concilio de Trento (1614) no remediará de manera suficiente los lamentables desplazamientos de las acentuaciones, selladas en la segunda Edad Media. El miedo a la muerte en el siglo XVIII y la fascinación de la nada acentúan todavía más el carácter dramático del destino humano y de la condición del pecador¹⁰.

Vaticano II: el Ritual de los funerales (1972)¹¹

El Concilio aprovechó la renovación teológica de la posguerra y el redescubrimiento del lugar de la Resurrección y del Misterio pascual¹², gracias a la historia de la liturgia, la teología y la catequesis. Hemos comprendido mejor la unidad de la salvación en Cristo muerto y resucitado. La muerte de Cristo en la cruz, fuente de la salvación, no puede ser separada de su resurrección de entre los muertos al tercer día. La reforma de la Vigilia pascual (1951) y de la Semana santa (1955) por el papa Pío XII permitió experimentar la unidad del Misterio de

10 Para un recorrido de los funerales a través del tiempo, ver Ph. ROUILLARD, *Histoire des liturgies chrétiennes de la mort et des funérailles*, Paris, Cerf, 1999.

11 En 1972 aparecieron los libros de los funerales para los países francófonos traducidos y adaptados a partir de la edición típica de 1969: *La célébration des obsèques. Nouveau rituel des funérailles* I, Desclée-Mame (para la celebración en la iglesia) y II, *Prières pour les défunts à la maison et au cimetière*, Desclée-Mame. Lo mismo el *Missel des défunts. Funérailles, messes des défunts*, Mame, 1974 y el *Lectionnaire pour la liturgie des défunts*, Desclée-Mame, 1974. Más recientemente ha sido editado un volumen destinado principalmente a los laicos que conducen funerales: *Dans l'espérance chrétienne. Célébrations pour les défunts*, Desclée-Mame, 2008. Consúltese igualmente la *Guide pastorale d'accompagnement du Rituel (nº 17)* titulada *Célébrations pour les défunts*, editada por el Servicio nacional de pastoral litúrgica y sacramental, Paris, Cerf, 2009.

12 El teólogo alemán Odo CASEL de Maria Laach puso de relieve el valor de la Pascua cristiana; el C.P.L. (Paris) publicó sus obras traducidas. En el mundo francófono, ver en especial L. BOUYER, *Le Mystère pascal. "Mysterium paschale". Méditation sur la liturgie des trois derniers jours de la Semaine sainte*, Paris, Cerf, 1951.

la salvación, de la Pascua del Señor, un único misterio, un único “paso”, una única Pascua desde el mundo de los hombres al mundo de Dios (Jn 13,1), una especie de inclusión con la venida del Salvador, en el momento de la Encarnación. ¡No el viernes santo sin el domingo de Pascua! Y ¡no el domingo de Pascua sin el viernes santo!

La aclamación de la anámnesis en las nuevas Oraciones eucarísticas extiende aún más la perspectiva: “Gloria a ti que estabas muerto, gloria a ti que eres el que vive, Salvador nuestro y Dios nuestro, ven Señor Jesús”. La muerte y la resurrección simbolizan la totalidad del paso, pero no hay que olvidar la Ascensión, Pentecostés y la Venida final en gloria del Resucitado.

La Constitución sobre la liturgia dedica dos párrafos a los funerales, de los cuales el primero es esencial: “El rito de las exequias debe expresar más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana y responder mejor a las circunstancias y tradiciones de cada país, aun en lo referente al color litúrgico” (nº 81). La dimensión pascual de todo el culto cristiano, sobre todo de los funerales, caracteriza al documento conciliar. ¿Acaso puede decirse algo más fuerte sobre la muerte del cristiano que afirmar que es una muerte “en Cristo”, que es comunión en su muerte y en su resurrección, que el destino del cristiano está unido al de Cristo a partir de su bautismo? ¿No es ésta la verdad primera y fundamental que deben proclamar los funerales? En cierto modo, la dimensión del pecado y del juicio se vuelve segunda, mas no secundaria: ¡el actor principal es Cristo Salvador! El final del texto conciliar invita a una sana adaptación o inculturación, como lo ha hecho la Iglesia de los primeros tiempos y a todo lo largo de la historia. Los ritos del nacimiento, del matrimonio y de la muerte tienen tal peso antropológico en las sociedades del mundo, que la liturgia cristiana debe hacerse cargo de ellos y obrar un sano discernimiento para que el Evangelio pueda fecundar a las culturas.

Las “Notas doctrinales y pastorales”¹³ del Ritual

Lamentablemente, documentos de esta clase pasan a menudo inadvertidos y apenas son leídos. Ahora bien, él es, como la “*lex credendi*”, eco de la “*lex*

13 La traducción de los *Praenotanda* romanos (números 1-25) está dada íntegramente en *Dans l'esperance chrétienne* (cf. nota 10), p. 230-238 y un texto complementario titulado “Notes de mise en oeuvre” se encuentra en el mismo volumen en las pp. 9-17 (números 1-28). Se encontrarán

orandi” o liturgia de la Iglesia. De manera breve y no técnica, este texto de primordial importancia permite entrar en el espíritu de los funerales cristianos como lo indica el título inicial: “Para comprender el nuevo Ritual y celebrar mejor los funerales”. Seis secciones se suceden: 1) Sentido cristiano de los funerales; 2) ¿A quién le concierne?; 3) Una oración adaptada a los diferentes momentos; 4) Las condiciones de una buena celebración; 5) Tipos de desarrollo en función del lugar en donde se celebran las exequias; 6) Los funerales de niños.

Sentido cristiano de los funerales

Es el misterio pascual de Cristo lo que la Iglesia celebra, con fe, en los funerales de sus hijos. Ellos han llegado a ser por su bautismo miembros de Cristo muerto y resucitado. Oramos para que ellos pasen con Cristo de la muerte a la vida, para que sean purificados en sus almas y se unan en el cielo con todos los santos, en la espera de la resurrección de los muertos y la feliz esperanza de la venida de Cristo (nº 1).

Este texto, a ejemplo de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, está centrado en el misterio pascual de Cristo. Por el bautismo (haría falta sin duda decir por los sacramentos de la iniciación cristiana) el cristiano llega a ser miembro de Cristo y participa en su misterio pascual. Por medio de la celebración “con fe” de los funerales cristianos, la Iglesia pide que el difunto cumpla el mismo paso de salvación hacia la patria celeste, en la esperanza de la llegada final de su Señor y de la resurrección de los muertos.

El nº 2 recuerda que la Iglesia ofrece “el sacrificio eucarístico de la Pascua de Cristo” para el “auxilio espiritual” de los difuntos, en tanto que los demás encuentran en él “consuelo y esperanza”. En el nº 8 se enumeran las diversas significaciones de los funerales: “encomendar ante Dios a los difuntos”, “alentar la esperanza de los que asisten”, “incrementar la fe en el misterio pascual y en la resurrección de los muertos”.

las “Notes doctrinales et pastorales” (números 1-41) propias para los países francófonos, elaboradas sobre la base del texto romano, a la vez en el *Missel des défunts* en las páginas 5-10 y en *La célébration des obsèques. Nouveau rituel des funérailles* I, en las páginas 8-14. Es este texto el que voy a citar y comentar.

Personas a quienes les concierne

La respuesta es clara: “Todos los que pertenecen al pueblo de Dios deben sentirse concernidos por la celebración de los funerales”, cada uno en su lugar y según su ministerio; comenzando por los parientes, los allegados y el sacerdote “educador en la fe y ministro del consuelo” (nº 5). Los funerales celebrados sin eucaristía pueden ser celebrados por un diácono. Los laicos pueden conducir la oración en la casa del difunto y en el cementerio, y también durante el velatorio. “Además, el Ordinario del lugar puede [...] designar fieles laicos para que, en ausencia de ministro ordenado, conduzcan la celebración de las exequias en la iglesia”¹⁴. En lo referente a las pompas fúnebres, “deberán tenerse en cuenta los homenajes que se presentaran [...] y se les ayudará a respetar las exigencias de la liturgia” (nº 7). El contacto con la familia debe ser de calidad, especialmente en vistas a la preparación de los funerales y de la elección de los textos bíblicos. En el momento de las exequias, las asambleas son a menudo multiformes: “no católicos, católicos que nunca o casi nunca asisten a la eucaristía, o incluso católicos que parecen haber perdido la fe. Los sacerdotes son ministros del Evangelio para todos”, sin olvidar a los que no creen (nº 10).

Funerales y pastoral

La celebración de los funerales se integra en el conjunto del ministerio pastoral. Ella implica toda una pastoral de los enfermos y una catequesis acerca del sentido cristiano de la muerte, aparte de los mismos funerales. Es normalmente llevada a cabo por toda la vida litúrgica de la comunidad (nº 19).

La liturgia de los funerales debe adaptarse “a los acontecimientos y a las personas”¹⁵: “La práctica de esta obra de las celebraciones requiere elecciones y adaptaciones para responder a la diversidad cultural y a las circunstancias de cada duelo” (nº 25). El difunto, ¿es un anciano, un niño, un padre de familia? ¿Se trata de un bautizado o de un catecúmeno? ¿En qué circunstancia ha fallecido: enfermedad, mucha edad, accidente, hasta incluso suicidio o es un duelo perinatal?

14 Cf. *Dans l'espérance chrétienne*, p. 13 (nº 15).

15 Cf. *Dans l'espérance chrétienne*, p. 17 (ns. 25-27).

Las tres estaciones de los funerales: en la casa, en la iglesia, en el cementerio

El nuevo ritual de los funerales retoma ciertas costumbres antiguas con la esperanza de que el difunto sea acompañado por la oración de la Iglesia en el momento del gran “paso” de este mundo a Dios. Ese camino está jalonado por tres estaciones para la oración. Es una especie de “viaje” de este mundo hacia Dios, como lo fue la Pascua de los exiliados de Egipto y más aún la de Cristo. Cada uno de los lugares tiene su figura propia y su liturgia particular. En el centro de este itinerario se sitúa la celebración en la iglesia, al reunir a la comunidad cristiana. Es un momento fuerte de los funerales, sobre todo cuando la eucaristía, sacramento pascual por excelencia, se celebra allí.

La oración en la casa del difunto

Ocurrirá, según las circunstancias, en la casa o en el hospital, o en la casa de retiro, o incluso en una casa fúnebre. El objetivo es congregar a los allegados del difunto para rezar con ellos y manifestarles un poco de simpatía. Los diversos momentos de oración que preceden a la liturgia en la iglesia pueden ser asegurados por un laico o un miembro de la familia.

Primer encuentro con la familia. Se trata, no de una celebración como tal, sino de algunas oraciones breves a elección: Padrenuestro, Ave María, oraciones letánicas, versículos de salmos, oraciones. Puede ocurrir que el silencio sea lo más indicado.

Velada de oración. Puede ser una liturgia de la Palabra o una oración que favorezca la participación de los miembros de la familia. El lugar puede ser el domicilio del difunto o el lugar donde él reposa, inclusive la iglesia parroquial, en caso de una gran concurrencia. Puede tratarse de una verdadera liturgia de la Palabra que integre textos bíblicos, cantos, oraciones, etc. “*Dans l’esperance chrétienne*” propone cuatro sugerencias al respecto: que sea una verdadera “Liturgia de la Palabra” para la cual el *Leccionario para los difuntos* proporcionará numerosos textos a elección; que sea una “Velada con salmos”, especie de pequeño Oficio divino; que sea una “Velada con María y los santos” que evoque la muerte de Cristo en la cruz; o que sea también una “Velada familiar”,

en cierto modo reservada a los parientes y a los más allegados, permitiendo una mayor personalización.

El cierre del féretro. No ver más el rostro del difunto es una etapa nueva en los ritos del duelo. Este momento de una separación mayor puede ser doloroso. La oración prevista invita a vivir el gesto en la fe:

Señor, volvemos hacia ti nuestra mirada en el momento en que desaparece este rostro que nos es querido. Concédete que él te vea cara a cara y afirma nuestra esperanza de volver a verlo junto a ti por los siglos de los siglos¹⁶.

Puede agregarse una lectura breve y un salmo, o algunas intenciones para rezar.

La salida de la casa. El día de los funerales, el difunto y sus allegados dejan el lugar donde él reposa. Una breve oración tiene todo el lugar en este momento:

Nosotros lo sabemos, el cuerpo que es nuestra morada en la tierra debe ser destruido, pero Dios construye para nosotros en los cielos una morada eterna que no es obra de los hombres¹⁷.

En la iglesia: la eucaristía o la liturgia de la Palabra

La recepción del difunto y de sus allegados. Se trata de saludar a la familia y de invitar a ingresar en la iglesia para la celebración. El féretro es depositado en la entrada del coro; los fieles se agrupan alrededor del altar cuando el lugar lo permite.

El rito de iniciación. El saludo litúrgico da el tono de la liturgia de los funerales: “Que el Dios de la esperanza les conceda en plenitud la paz en la fe y que el Señor esté siempre con ustedes”. A continuación viene el gesto de la luz o de la cruz o del revestimiento litúrgico. Se prenden las velas en el cirio pascual,

16 Cf. *Prières pour les défunts à la maison et au cimetière*, p. 30 (n° 240).

17 Cf. *Ibidem*, p. 33 (n° 249).

símbolo de Cristo resucitado presente en la asamblea, o se deposita una cruz sobre el féretro, pues “el Señor Jesús nos ha amado hasta morir por nosotros; esta cruz nos lo recuerda. Que ella sea por lo tanto a nuestros ojos el signo de su amor por N. y por cada uno de nosotros”, o también se deposita el ornamento litúrgico del sacerdote o del diácono difunto, o la vestimenta bautismal si se trata de un neófito.

La oración inicial será elegida entre los numerosos textos compuestos para responder a las diversas situaciones del deceso: determinadas oraciones tienen que utilizarse “cuando la situación no requiere una elección especial” (ns. 65-67); otras oraciones, más numerosas, están previstas “para circunstancias particulares” (ns. 68-86)¹⁸.

La liturgia de la Palabra. Es recordada la importancia de la liturgia de la Palabra:

Ella proclama el misterio pascual, alimenta la esperanza de volver a encontrarse en el Reino de Dios, manifiesta los lazos profundos que unen a vivos y muertos, y exhorta al testimonio de una vida cristiana (nº 88).

La antigua liturgia de los funerales no comprendía más que dos lecturas bíblicas, siempre las mismas; el célebre texto de Pablo en 1 Ts 4,13-18: *No quiero que estén en la ignorancia respecto de los difuntos*, y el diálogo de Jesús con Marta, después de la muerte de Lázaro, en Jn 11,21-27: *Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*.

Las lecturas bíblicas. El Vaticano II quiso “restaurar una lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y mejor adaptada” (SC 35) y así “presentar a los fieles con más riqueza la mesa de la palabra de Dios” (SC 51). El nuevo *Leccionario de difuntos* trae 74 lecturas bíblicas a elección. Están clasificadas en dos categorías: para los adultos y para los niños bautizados o no

18 Un ritual de los funerales parece estar en preparación en Roma. Cerca de cincuenta años han pasado desde 1969. El libro “*Dans l’espérance chrétienne*” es un jalón hacia una revisión más importante del ritual. Vuelve a poner en el candelero gran cantidad de oraciones y esto es muy hermoso. Las oraciones en francés de 1972 parecen ser hoy antiguas y con demasiada “charla”. Como descargo de quienes prepararon la adaptación francesa, hay que decir que esa era la primera vez que las “situaciones” y “circunstancias” del deceso fueron tomadas con seriedad.

bautizados; en cada categoría, se encuentran primero los textos “empleados más frecuentemente” y a continuación “los que requieren una cierta cultura bíblica”. Los textos son sacados, sea del Antiguo Testamento, sea de textos apostólicos y del Apocalipsis, sea de los evangelios. Se los elegirá con la familia. El desafío particular consiste en tener en cuenta las situaciones y los acontecimientos, sin descuidar no obstante la riqueza del mensaje evangélico que hay que ofrecer a la asamblea. El no considerar más que los elementos subjetivos sería instrumentalizar la Palabra y ocultar su alcance profético. Ciertos textos son particularmente fuertes, como las bienaventuranzas; parecen ser muy fáciles, hasta incluso bastante “lisos”: “*Felices los pobres de corazón... los que trabajan por la paz*”. ¡La homilía conducirá a ver toda la exigencia de tal felicidad según Dios! Habrá que evitar una segunda instrumentalización de los textos; el presentarlos como reflejo de la vida del difunto. Al contrario, sólo si la Palabra fue acogida en la fe, pudo dar frutos en la vida del que nos ha dejado.

La homilía. No se trata de hacer el elogio fúnebre del difunto, sino de dar la oportunidad a la Palabra de Dios para que toque el corazón de los que están reunidos. Lo mejor sin duda es comentar en primer lugar uno u otro pasaje de los textos bíblicos y a continuación, recordar en algunas palabras la figura de quien nos ha dejado. Se evitará de esta manera un doble escollo: el de una palabra fría y “doctrinal”, y el del elogio fúnebre. Con todo, subrayar el testimonio cristiano del difunto puede ser un estímulo para la vida de los supervivientes.

La Oración universal. Es la oración de toda la Iglesia por todos los hermanos y hermanas de la humanidad. Se tendrá el cuidado de no limitar las intenciones sólo al difunto o a los difuntos, a los enfermos y a las personas que los atienden. El “Misal de difuntos” propone una doble lista: unos “Formularios completos” (pp. 28-30) y una “Selección de intenciones particulares” (p. 31). Las dos series se complementan. A menudo, las intenciones de oración compuestas por la familia hacen el elogio del desaparecido y se transforman en agradecimientos. En una palabra, la dimensión de oración dirigida a Dios se desdibuja. El buen camino es sin duda, el de la acción de gracias por la vida del difunto, y el pedido de perdón por sus debilidades. Habrá que proponer a los parientes elegir entre las que son propuestas en el Misal.

Cuando la liturgia de las exequias no comprende la eucaristía completa sino una simple liturgia de la Palabra, ésta última se terminará con las intenciones, el Padrenuestro y el rito del Último adiós.

La liturgia eucarística

La procesión de las ofrendas. Este rito es una manera de tomar parte en la ofrenda eucarística. En la medida de lo posible, es conveniente que la procesión con el pan, el vino y el agua preceda a la ofrenda¹⁹ de los fieles. Cuando la ofrenda es solamente un homenaje al difunto, lo mejor sería preverla durante el último adiós (nº 28) o incluso a la salida de la iglesia.

La Plegaria eucarística. Se escogerá entre los diversos formularios a elección, el que mejor conviene. Cada oración eucarística comprende un “*Memento*” para los fieles difuntos, signo de la fe de la Iglesia en la comunión de los santos y de la solidaridad entre vivos y muertos. Una oración especial está prevista para el difunto en el día de los funerales:

Acuérdate del que has llamado junto a ti. Puesto que él ha sido bautizado en la muerte de tu Hijo, concédele participar en su resurrección el día en que Cristo, resucitado de entre los muertos, volverá nuestros pobres cuerpos semejantes a su cuerpo glorioso...

En la Plegaria eucarística I, el memento de los difuntos pedía por los “que entran en la alegría, la paz y la luz”.

El hecho de recibir la *comunión* es la cima de la participación del cristiano en la eucaristía. Es un paso que compromete en el camino del Evangelio siguiendo a Cristo muerto y resucitado. Este gesto no puede convertirse en una conducta de índole colectiva como la ofrenda. Es lo que algunos celebrantes recuerdan, al subrayar la fe necesaria en Cristo salvador, presente en la eucaristía.

El rito del Último adiós. La antigua liturgia terminaba con la absolución (“*absolvere*”), es decir, el pedido del perdón de los pecados para el difunto. De ahora en más se trata de un rito de esperanza, de un “a Dios”. La comunidad en efecto confía al difunto “a Dios”; ella lo recomienda para que Dios acoja al bautizado en su Reino. El adiós (“*valedictio*”) era el lenguaje de los primeros siglos. El rito del adiós es un gesto de esperanza: Dios lo recibirá y le perdonará sus faltas; Él nos concederá que nos volvamos a ver.

19 La ofrenda, aquí y en la página siguiente, es un rito típico de las misas de entierro en Bélgica.

El canto del Último adiós. Es un elemento importante del rito del adiós, sin duda el canto principal de los funerales. Conviene que la asamblea lo conozca y participe por lo menos con el estribillo. No importa qué canto no es conveniente; el canto debe expresar el significado del doble gesto de la aspersión y del incienso. Estos son algunos ejemplos: “En la puerta de su casa nuestro Padre te espera...” o “En las manos de nuestro Padre... te dejamos partir...” o “En la ciudad a donde te vas, nadie tiene más corazón de piedra...” o también la confesión de fe de Job: “Yo sé que mi Redentor vive y que en el último día yo resucitaré de la tierra. Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro. En mi carne yo mismo veré a Dios, mi Salvador”²⁰, o también “Tú has sido sumergido en la muerte de Jesús”²¹.

Las intenciones de oración. Los textos hablan por sí solos:

Padre, te confiamos al que llega a la puerta de tu casa: toma contigo, Señor, al que amamos... Él no está más entre nosotros, que esté junto a ti... Conocemos tu ternura: tú recibes y perdonas... Y a ti, hermano nuestro, te decimos “a Dios”, hasta el día feliz en que te volvamos a ver, etc.

La aspersión con agua bendita. El agua recuerda a la del bautismo que nos dado la vida de Dios y nos hace entrar en su Iglesia; “Nosotros esperamos y creemos que todos ¡resucitaremos! Como signo de esta fe, yo bendigo este cuerpo...”. La Pascua del cristiano se consuma con el nacimiento a la vida celestial. Los antiguos llamaban al día de la muerte del cristiano su “*dies natalis*”, su día de nacimiento a la vida celestial.

El rito del incienso. La incensación expresa la dignidad del cristiano, creado a imagen de Dios, miembro del pueblo sacerdotal (1 P 2,9), templo del Espíritu Santo por el bautismo. Además, el incienso trae a la memoria la oración: *Suba mi oración como incienso en tu presencia* (Sal 140,2).

20 Jb 19,26.

21 Diversos cantos para el rito del Último adiós son presentados en *Chants notés de l'assemblée*, Paris, Editions Bayard, 2001, pp. 607-704.

La oración del Último adiós

Señor, Dios nuestro, te encomendamos a nuestro hermano. Tu amor lo ha acompañado a lo largo de toda su vida; líbralo ahora de todo mal. Ha dejado este mundo que pasa, condúcelo junto a ti, donde ya no hay ni luto, ni lágrimas, ni dolor, sino alegría y paz, con tu Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Sí, es en la Jerusalén celeste (Ap 21-22), un lugar de felicidad y de paz, una especie de nuevo Paraíso, donde el difunto es esperado.

Un último canto de esperanza. La antigua liturgia cantaba el “*In paradisum deducant te angeli...*” lo que quiere decir: “Que los ángeles te lleven al paraíso, que te conduzcan a la ciudad santa Jerusalén”²². Este texto en francés u otros cantos de esperanza pueden ser elegidos para acompañar al difunto hacia su última morada.

La oración en el cementerio: última etapa del camino en esta tierra

Se prevén oraciones breves en el cementerio, como ya en la morada del difunto. Un laico o un miembro de la familia puede tomar a su cargo la oración, a falta de un sacerdote o de un diácono. El librito *Prières pour les défunts à la maison et au cimetière* propone a elección algunas oraciones para la bendición de la tumba, por ejemplo:

Dios de misericordia, dignate bendecir esta tumba y enviar a tu ángel para guardarla; libra de todos los lazos del pecado a los que tienen aquí su sepultura, a fin de que ellos se regocijen en ti, para siempre, con los santos del cielo (nº 295).

Otras oraciones son igualmente propuestas (nº 296-298) así como también una selección de salmos: 22, 24, 26, 41, 50, 114-115, 120, 121, 125, 129. Esta abundancia de salmos muestra bien el lugar privilegiado de la oración sálmica por los difuntos y por el consuelo de los que viven.

22 La adaptación en francés de “*Jusqu'en paradis*” (nº 741) y “*Venez, saints du ciel*” (nº 747) se encuentra en *Chants notés de l'assemblée*, pp. 698 y 704.

El libro *Dans l'esperance chrétienne* amplía un tanto la propuesta para el cementerio, al sugerir una oración letánica, el Cántico de Simeón, una oración para ser pronunciada por un allegado, el Símbolo de los apóstoles, una oración final (p. 59-170).

En el momento de la colocación en la tierra, es formulada una última recomendación a Dios:

N. ha dejado esta vida para reunirse con su Dios quien lo llamaba junto a Él: nosotros depositamos su cuerpo en la tierra de donde él/ella ha salido. Y puesto que Cristo resucitado, convertido en el primogénito de entre los muertos, transformará nuestros cuerpos de carne para configurarlos en el esplendor de su cuerpo, nosotros le entregamos nuestro hermano/hermana para que Él lo/la tenga en su paz y resucite su cuerpo en el último día (nº 316).

Como vemos, la resurrección está presente desde el comienzo del camino, en el momento de la oración en la casa del difunto; y está también al final, en este “lugar de descanso” que es el cementerio. El libro prevé igualmente un breve ritual titulado: “*Incineración y depósito de la urna*” en el cementerio (ns. 320-347). Ya en 1972, el librito *Prière por les défunts á la maison et au cimetière* tenía previsto un breve tiempo de oración en el lugar de la cremación: monición, lectura bíblica, oración final. En las “Notas doctrinales y pastorales” de 1972, puede leerse en el nº 18:

A los que han elegido la incineración del cuerpo, se les otorgarán los funerales cristianos, salvo cuando es evidente que han hecho esta elección por motivos contrarios a la fe cristiana. Aun respetando la libertad de las personas y de las familias, no se perderá de vista la preferencia tradicional de la Iglesia por la manera como el Señor mismo fue sepultado. Se celebrarán las exequias del mismo modo que en caso de inhumación. Pero los elementos adaptados a esta situación particular están propuestos para las últimas oraciones en el crematorio.

Reflexiones finales

1. Palabras y ritos litúrgicos

Las realidades de la historia de la salvación pertenecen al orden del signo. Así el paso del *Mar* y la salida de *Egipto* son signo de la liberación realizada por Dios a favor de su pueblo. La liturgia celebra las realidades de la salvación; ella está hecha de una multitud de signos: el signo de la luz o de la cruz al comienzo de la liturgia de exequias que recuerdan la muerte y la resurrección de Cristo, fuente de nuestra salvación. Los gestos y acciones litúrgicas se aclaran a través de la Palabra de Dios y los cantos de la Iglesia que dan la interpretación de los mismos. Palabra y ritos, texto y música, forman una unidad de significación; es importante por lo tanto que ellos estén en concordancia.

La cultura contemporánea está marcada por el individualismo y lo emocional. Ocurre que textos profanos o no-cristianos sean pedidos o “impuestos” por las familias. Cuando el conocimiento de las realidades de la fe es débil y la participación en la liturgia es ocasional, las familias ignoran con frecuencia la dimensión pascual de los funerales. Desde esa situación los textos y músicas deseadas, se sitúan en un registro emocional y afectivo. Eligen las músicas que les gustaban al difunto, los textos que traen a la memoria su vida o su carácter²³.

Para evitar conflictos, las parroquias se esfuercen por acoger tales deseos y colocarlos lo mejor posible a lo largo de la liturgia. Estos textos nunca deben reemplazar a las lecturas bíblicas y lo mejor es situarlos al comienzo del oficio litúrgico, antes del saludo. Lo mismo respecto de las músicas grabadas y los elogios de la familia o de los amigos. De ese modo, la parroquia espera que las familias den un paso en la dirección de la liturgia y del anuncio de la Resurrección.

2. La dimensión pascual de la liturgia de los funerales.

Ésta es innegable y caracteriza a los mejores momentos de la tradición litúrgica de los funerales. Sin embargo, no habrá que olvidar la realidad de la muerte y de la pena de los que son privados de un ser querido. Por eso, podría decirse que los funerales son una fiesta pascual “en modo menor”.

23 Ver nota 6.

No tomar más que cantos de Pascua con sus acentos de alegría triunfal no es tal vez una actitud pastoral que se justifique. De la misma manera, adoptar de manera sistemática el color blanco puede dar la impresión de que la liturgia oculta o minimiza la pena de la separación. Autores tales como G. Stefani proponen soluciones “técnicas”, por ejemplo tomar un canto pascual pero en un tono más grave y con un ritmo más lento que de ordinario²⁴. Esta diferencia hará sentir a la vez la confesión de la fe pascual y la moderación que conviene frente al dolor de las familias.

3. Representaciones y creencias sobre el más allá

A través de las canciones profanas utilizadas en ciertos funerales católicos se visualizan nuevas representaciones del más allá²⁵. El sociólogo discierne tres escenarios escatológicos, suerte de recomposición o de reinterpretación de la fe cristiana, y fruto de la secularización y de la modernidad: 1) la “apocatástasis” o la vuelta al origen del universo en que los seres humanos son llevados a vivir en una nueva corporeidad sin sufrimiento, sin paraíso ni infierno; 2) la liberación del alma “descorporeizada” o “desencarnada”; 3) la resurrección y la vida nueva en un cuerpo glorioso a la vez espiritual y corporal.

En estas re-composiciones, ha desaparecido todo juicio y no es requerida ninguna condición para acceder al más allá. Este “desperdigamiento” del creer trae aparejado un pluralismo escatológico marcado por un más allá de tipo abstracto. La vida en el más allá está marcada por el individualismo y el subjetivismo: la autonomía del sujeto es total. Esto es lo que motiva a ciertos católicos en el momento de los funerales de sus allegados. ¿Qué hacer frente a semejante situación? ¿Qué tarea confiar a los teólogos y en particular a los dogmáticos? ¿Qué homilía hay que dar sobre los textos apocalípticos del final del año litúrgico?

24 Cf. D. SABAINO, “Chanter l'À-DIEU. Chant, musique et funérailles chrétiennes dans l'histoire et dans l'actualité”, en *La Maison-Dieu* 259, 2009/3, pp. 151-183 (ver en particular pp. 163-164).

25 Cf. G. LABEY GUIMARD, “Comment saisir et comprendre l'évolution de la représentation de l'au-delà au sein du catholicisme contemporain?”, en *La Maison-Dieu* 259, 2009/3, pp. 197-213.

4. Volver a considerar el “más allá” y los “fines últimos”

Louis-Marie Chauvet ha intentado ejercitarse al respecto en su artículo “Sobre algunas dificultades actuales con respecto al más allá” aparecido en *La Maison-Dieu* 213, *Les funérailles*, 1998/1, pp. 33-58. Él constata que el juicio de Dios daba miedo a las generaciones que nos precedieron, y que es la evidencia contraria lo que actualmente anima a nuestros contemporáneos. Como dice la canción: “¡Todos iremos al paraíso!”. De cara a las dificultades del lenguaje dogmático, él propone volver a la Escritura, es decir, volver al lenguaje simbólico que dio nacimiento a las afirmaciones dogmáticas. Si se logra una mejor interpretación de los textos bíblicos, se podrá volver a considerar el lenguaje dogmático y hablar a nuestros contemporáneos de manera que nos escuchen más. El teólogo vuelve a considerar a continuación la “resurrección de la carne”, el “juicio particular y el juicio general”, el “cielo”, el “purgatorio” y el “infierno”.

A título de ejemplo, éstas son algunas pistas dadas por Chauvet que conciernen a la “resurrección de la carne”, inscrita en el Símbolo de los apóstoles²⁶. Esta expresión proviene de la cultura judía, marcada por una antropología anti-dualista; los griegos hablaban de la inmortalidad del alma. Para la Biblia, la carne no se refiere a la parte biológica sola del ser humano, sino a la persona en su unidad y su totalidad: “Yo mismo, ¡yo estaré vivo en Dios!”. Según Jn 1,14: *El Verbo se hizo carne (sarx)*. La resurrección no es la reanimación de las células. El hombre es un ser a la vez corporal y espiritual. Todas las representaciones de la resurrección son defectuosas pues las mismas imágenes bíblicas corresponden al orden de la confesión de la fe y no de la explicación o del “como”. La resurrección de Cristo puede aclarar nuestro problema. El Resucitado se hace reconocer por sus apóstoles; Él no es “uno distinto”, sino el Crucificado del Viernes Santo y sin embargo Él ha llegado a ser “distinto”. El cuerpo glorioso o espiritual es la obra del Espíritu, pues la resurrección es un don de Dios. La identidad personal permanece y además las huellas de la Pasión están inscritas en el cuerpo glorioso del Salvador; hay por lo tanto al mismo tiempo continuidad y discontinuidad más bien que ruptura entre la vida terrestre y la vida del Resucitado. Más aun, la resurrección de Cristo es la respuesta de Dios al juicio injusto de los hombres y es la aprobación de su enviado cuya fidelidad habitada por el amor ha sido sin defecto. Así la resurrección prometida se hace visible más en su alcance existencial y primero que como “simple afirmación lógica”. La resurrección no

26 Me inspiró en las páginas 39 a 43 dedicadas a la “Resurrección de la carne”.

es fruto de una “certeza racional” sino de la fe que da la garantía (la *parresia*, la audacia) para combatir las fuerzas de la muerte.

Rue de la Fontaine, 4
B-5570 Beauraing
BÉLGICA